

eF Tema del domingo

Embarazos adolescentes

MATERNIDAD JUVENIL PRECOZ

Unas 300 chicas menores de 18 años son madres cada año en Catalunya

El fenómeno de las jóvenes embarazadas inquieta a Salut, que trabaja para rebajar la cifra al mínimo || Los expertos lamentan la falta de implicación de los chicos, que suelen inhibirse de la decisión

CRISTINA BUESA
BARCELONA

En el 2016 se registraron 304 partos de madres adolescentes en Catalunya. Adolescentes o niñas, directamente. Estos datos de Salut se refieren a chicas de entre 14 y 17 años, aunque hay casos de menores de 11, 12 y 13 años que se han quedado embarazadas. Son cifras bajas si se comparan con los 68.000 nacimientos anuales, pero golpean porque se considera que, a una edad tan temprana, no son lo suficientemente madu-

ras ni física ni emocionalmente.

Habitualmente, el proyecto vital de esa gestante queda truncado. Su trayectoria académica o profesional: de repente tiene que pensar por ella y por alguien más. «Nos preocupa y querríamos bajar esta cifra al mínimo posible», admite la jefa del servicio de salud materno-infantil de la Conselleria de Salut, Rosa Fernández. Los programas de prevención, la información que supuestamente les llega por múltiples canales y la posibilidad de interrumpir el embarazo en las primeras 14 semanas no han

rebajado el número de casos. «Que una menor de 17 años sea madre no es apropiado», mantiene la responsable, que advierte de que muchas veces los jóvenes se preguntan entre ellos o acceden a información no contrastada. El programa Salut i Escola trata de acercar ese asesoramiento profesional, ya que un sanitario acude a los centros educativos. Cada año se organizan más de 7.000 actividades y se atienden 12.000 consultas. Pero es insuficiente.

Hay que acabar con las barreras económicas de los métodos anticon-

ceptivos, reclama la responsable de los servicios de Atenció a la Salut Sexual i Reproductiva (ASSIR) del Institut Català de la Salut, Cristina Martínez. Si se puede afrontar desde la sanidad pública el hecho de dispensar la pastilla del día después, «¿por qué no se hace con los implantes o los anillos vaginales?», cuestiona.

INFORMACIÓN INSUFICIENTE // «Si llega una chica a una consulta que quiere un implante, que cuesta unos 70 euros y dura tres años, debería poderse dar inmediatamente, en vez

de tener que enviarla a una oenegé», se queja Martínez. Los ASSIR, ubicados en algunos ambulatorios, atienden al 78% de la población catalana. Martínez es crítica respecto a la información. Cree que la mayoría de las menores (muchas más que unos lustros atrás) tienen información suficiente sobre los métodos anticonceptivos, pero no lo previenen.

A la falta de autoestima, una característica definitoria de los adolescentes, se suma que en muchos de estos casos han tenido que afrontar situaciones familiares complejas

algunas protagonistas cuentan su historia

C. B.
CARDONA

Quien acabó denunciando la enésima agresión fue su madre, no ella. Estel Collado Morales dice que estaba «ciega». Llevaba meses soportando malos tratos psicológicos y físicos, pero su novio había conseguido enfrentarla a su familia, así que era incapaz de reaccionar. «Siempre creía que él iba a cambiar, pero ahora ya sé que no es así, nunca cambian. Además, no me veía con ánimo de denunciarle, pensaba que lo hacía porque me quería», recuerda.

Esos golpes físicos (los emocionales habían hecho mella durante años) fueron los que lograron una orden de alejamiento que Estel se saltó en cinco ocasiones. Había sido su novio durante más de dos años, estaban juntos desde los 12 años. Ya a los 14 se quedó embarazada.

Un novio celoso y posesivo

«Usábamos preservativo, pero su pongo que falló. Cuando nos dimos cuenta, estaba de 27 semanas y no nos lo podíamos creer. Habríamos abortado, pero ya no se podía», expone, para a continuación admitir que pensaron en darlo en adopción. Lloró mucho, lloraron los dos.

Los meses de gestación no fueron fáciles. Su novio se había ido volviendo agresivo. Esta vecina de Cardona (Bages) de 16 años sonriente, fresca, entusiasta, vitalista cuenta que era celoso, le prohibía ponerse ciertas prendas de ropa, hablar con otros chicos, relacionarse con amigas.

Nació Àlex. En ese momento Estel ya se había dado cuenta de que su pareja no podía ser un buen padre. Con



MARC VILA

ESTEL COLLADO MORALES, 16 AÑOS

«No se acepta un embarazo con 14 años»

un bebé de cuatro días, él le pegó en la cara. Ella lo ocultó como pudo con maquillaje, pero su madre, harta, acudió a los Mossos d'Esquadra. Basta ya. Y en ese momento actuó la Direcció General d'Atenció a la Infància i l'Adolescència (DGAIA), que, para proteger a la menor y al bebé que acababa de nacer, le propuso el ingreso en la residencia Antaviana.

«Tenía una vida normal, no procedía de otro centro de menores, ni de una familia con problemas, como la mayoría de las chicas que ha-

bía allí. Lo único que me había pasado era que había sido madre con 15 años y era una chica maltratada», relata. «Es duro. El primer mes estuve recluida. Pero poco a poco me adapté, los educadores me ayudaron a reponerme», valora la adolescente.

Reprendió tercero de ESO. «Me parece muy fuerte, pero fui yo, la víctima, la que tuvo que huir», se queja. Ese año en Antaviana (con conflictos, no fue de color rosa) y sobre todo la ayuda de su familia la sacaron del pozo. Se describe como una

La joven sufrió el acoso de su pareja.

«Es muy fuerte, pero fui yo, la víctima, la que tuvo que huir», subraya

chica que siempre se ha levantado al caer. Inquieta y crítica, madura a la fuerza, realista y generosa, Estel mueve nerviosa el pírking de su lengua mientras busca el adjetivo más apropiado y hace planes. «Estudiaré un módulo de enfermería y luego otro de integradora social. Si pudiera, iría a la universidad. Y viajar, quería viajar mucho», sueña.

«Socialmente, es un error quedarse embarazada con mi edad, claro. Creen que te has ido con todos, que eres una guarra, te critican. Pero ese no es mi caso. Sabía cómo evitarlo y lo hice, pero pasó», afirma instantes antes de que la recoja su madre, que llega acompañada de Àlex, de un año y 9 meses, con la misma mirada curiosa y decidida que Estel. ≡

SIN CAMBIOS RECIENTES

1 A inicios del 2000, se detectó un repunte de partos entre las jóvenes, aunque luego se estabilizó

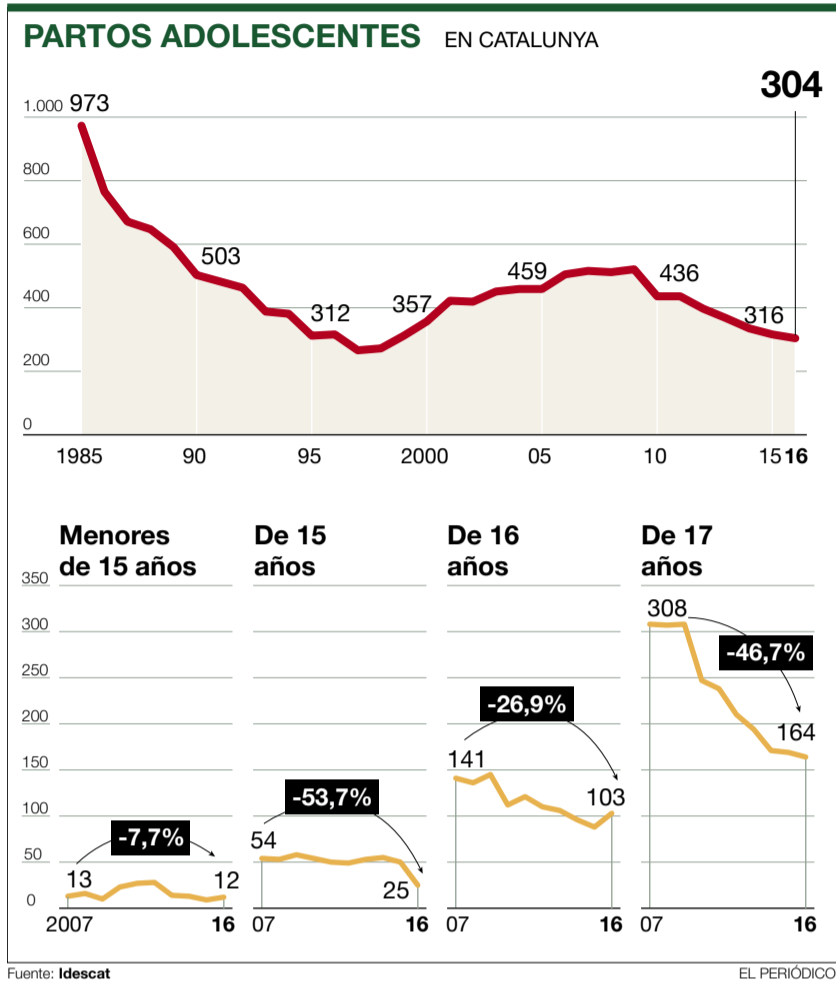
2 Vulnerabilidad social y embarazo precoz van unidos, así que se concentran esfuerzos en ellos

3 En Nou Barris se ha hecho un seguimiento y los casos han bajado del 9,4% del 2006 al 6,7% del 2015

(violencia familiar, adicciones, pobreza). Por esta razón, invita Martínez, el abordaje de estos embarazos adolescentes o de la maternidad de estas niñas o jóvenes se debe hacer desde la vertiente de salud, pero también con el concurso de entidades sociales, vecinales y la red educativa.

El 44,5% de las menores de 18 años que se quedan embarazadas son inmigrantes. Son menos que las madres precoces nacidas en Catalunya, aunque proporcionalmente son más porque la muestra es menor, razona la responsable de los ASSIR, que tiene más de 20 años de experiencia en estos asuntos.

«**SICUELA, CUELA**» // Si en algún aspecto todavía hay trabajo por hacer es en la corresponsabilidad, no solo respecto a la maternidad, sino también acerca de la sexualidad, que acaba recayendo siempre en las mujeres. Por eso, desde el ICS se están impulsando programas destinados específicamente a los chicos. «Ya hacemos grupos mixtos, pero es necesario realizar otros únicamente para hombres porque se mantiene la filosofía del 'sí cuele, cuele' y después son las chicas las que deciden qué



La ley del aborto, reformada por el PP, pone más trabas a la hora de interrumpir la gestación si no se ha cumplido la mayoría de edad

hacer con el embarazo», sostiene. Estas reflexiones surgen no solo de la experiencia, sino también de las miles de consultas anuales. Solo en la ciudad de Barcelona, en el 2017 se atendieron más de 16.500 visitas individuales. El 93% eran chicas. «La relación entre chica y chico no ha cambiado tanto: nos queda mucho camino, el machismo aún es demasiado vigente», protesta.

AVAL DE LOS PADRES // El director del Centre Jove d'Anticoncepció i Sexualitat (CJAS), Jordi Baroja, se queja de que la reforma del aborto del 2013 impulsada por el entonces ministro de Justicia, Alberto Ruiz-Gallardón, motiva que hoy en día se estén dando casos de abortos clandestinos en Catalunya. Desde entonces, las chicas de 16 y 17 años están obligadas a lograr el consentimiento de sus padres, algo que por las razones que sean muchas veces no logran o no osan buscar hasta que es tarde.

De las 800 consultas por embarazos que reciben cada año en el CJAS, unas 200 son positivos. La mayoría

Pasa a la página siguiente

C. B. SANT VICENÇ DELS HORTS

Tiene una sonrisa permanente en los labios. Objeta, sin embargo, que ha tenido que luchar mucho para lograrla. Que ha necesitado ayuda. Que ha trabajado de sol a sol. Cuenta que es dura y desconfiada y que así ha educado a sus hijos. Hijos, en plural. Porque Noemí García Alcubierre, de 33 años, fue madre adolescente con 16, pero hace cuatro años decidió con su marido Daniel que querían ampliar la familia.

Así que la casa que ocupan en una urbanización de Sant Vicenç dels Horts (Baix Llobregat) está llena de vida. Vicky, la primera en llegar, tiene ya 17. Y sus hermanos, Arabia, 4; Noah, 3, y Daren, uno. También hay dos enormes perras, Shiba y Latika, educadas y obedientes. La distracción está asegurada. Vicky es silenciosa. Su madre la describe como una chica muy inteligente que cursa segundo de Bachillerato y quiere ser forense. Acusó la llegada de su primera hermana, ella que había sido el centro de atención, con sus tíos y en la residencia maternal Antaviana, donde vivió con su madre hasta los tres años.

La regla, solo una vez antes

«Me quedé embarazada con 15 años, llevaba un año con él, era mi vecino y supongo que pensábamos que no nos podía pasar a nosotros. Solo me había venido la regla una vez antes y pensé que era un retraso. No lo supe hasta los seis meses porque no tenía nada de barriga», narra Noemí.

Después llegó la ansiedad. «Mi madre nos había dicho a los cinco hermanos que si nos pasaba, nos



NOEMÍ GARCÍA ALCUBIERRE, 33 AÑOS

«Creen que serás mala madre solo por ser joven»

mataba», evoca esta mujer menuda, que añade que su padre era alcohólico. Y prosigue: «Tenía muchísimo miedo. Pensaba que no me iban a querer más y que sería una carga para la familia, así que acudí a las asistentes sociales y les pedí que me ingresaran en un centro».

Así entró en Antaviana, de la cooperativa Eduvic. El que hoy es su director, Lluís March, fue el educador que fue a buscarla a casa y la acompañó al centro de L'Hospitalet. Recelaba por si perdía la custodia de Vicky

pero describe los años que pasó allí, hasta los 18, como una escuela emocional. «Todo fue a mejor, aprendí muchísimo, sobre todo a escuchar y a decir lo que sentía, me convertí en una chica comprensiva. Pude reanudar los estudios e hice un curso de ayudante de veterinaria, me daban una paga», analiza, positiva.

Cierto es que Noemí era distinta de la mayoría de sus compañeras: «Me decían que era especial porque tenía todas las rutinas aprendidas. Muchas de ellas procedían de fami-

Por miedo a que su familia la rechazara, ella misma pidió ingresar en una residencia maternal con su bebé

lias desestructuradas, mientras que yo compraba, limpiaba, hacía lo que tocaba, nunca levantaba la voz». El vínculo con la residencia fue tan estrecho que cada Navidad envía una felicitación, en los últimos años con la foto de la familia ampliada.

Pero esta mujer no olvida los malos tragos. «Mientras trabajaba, estudiaba y tiraba adelante a mi hija, mis amigos estaban en la plaza comiendo pipas. Ser madre adolescente me cambió la vida, hizo que me perdiera una parte, aunque gané otra. Me trataron fatal en los ambulatorios y los colegios porque daban por hecho que mi juventud me convertía en negligente, me juzgaban. Pensaban que lo iba a hacer mal solo por ser joven», lamenta. ≡

ELISENDA PONS

Embarazos adolescentes ▶ El análisis de los cuidadores

▶▶▶

Viene de la página anterior

son chicas de entre 15 y 20 años. «Nuestro trabajo no consiste en disuadirlas, sino en acompañarlas en la toma de decisiones», expone el responsable de uno de los centros de referencia de Barcelona, creado en 1992 por la Associació de Planificació Familiar de Catalunya i Balears.

Allí las ayudan a reflexionar, porque una decisión precipitada puede convertirse en un error en el futuro. Baroja piensa que si la situación no está bien resuelta, a corto o medio plazo esa joven volverá a tener la tentación de ser madre. «Hay que hacer aterrizar las fantasías. Nos encontramos con chicas que creen erróneamente que convertirse en madres les dará la estabilidad necesaria para dejar de ser cabras locas», describe.

POCAS EXPECTATIVAS // Normalmente detectan que esperan un hijo a las sexta semana y tienen tiempo hasta la semana 14 para interrumpir la gestación. «La decisión sobre si seguir adelante con la maternidad tiene que ver con los planes que tienen. Si se trata de chicas con fracasos escolares, sin estudios, sin trabajo o con empleos precarios, ven la maternidad como una oportunidad, una

especie de escapatoria a su vida», prosigue Baroja. Con pocas expectativas vitales, sin una carrera que estudiar o una ocupación laboral que las motive, creen que ser madres colmará esas necesidades, añade.

«Es muy importante –empieza la directora de la Fundació Surt, Sira Vilardell– tener en cuenta el contexto social y cultural de la madre». El binomio juventud y maternidad, prosigue, es «relativo» en función del origen de la gestante. Así, para la mayoría de la población, una chica con 17 años es demasiado vulnerable para tirar adelante una vida, mientras que no lo es para el colectivo gitano, pone como ejemplo.

«Cualquier gitana te diría que tiene más habilidades para la maternidad una joven de 17 años que una mujer de 37 o 40: consideran una aberración parir a esa edad», compara la experta. En Surt se acompaña a las chicas, no se las trata a todas igual. «Es un error reconducir una maternidad por el simple hecho de que alguien es muy joven, porque volverá a quedarse embarazada si es lo que desea», avisa. Así, maternidad a secas en la adolescencia no es sinónimo de vulnerabilidad. Puede ser que por el contexto familiar sean chicas que han vivido mucho más que otras madres más mayores.

Todos coinciden en que la red de apoyo pública es escasa en recursos y que la necesidad es tan mayúscula que toda ayuda es poca. La Associació Benestar i Desenvolupament (ABD), con 20 años de experiencia, asiste a las gestantes en situación de vulnerabilidad. La mayoría de ellas son menores de 21 años. Ayuda a unas 90 mujeres del área metropolitana de Barcelona cada año. «Trabajamos emocionalmente para garantizar que el bebé esté bien atendido al nacer. Queremos crear un vínculo positivo para que así la madre lo cuide, aunque el mundo entero se hunda a su alrededor», describe la responsable del programa Preinfant de la asociación, Nausica Castelló.

GANAR SEGURIDAD // Las educadoras, psicólogas y terapeutas de la entidad realizan una atención ambulatoria, se desplazan al parque, a la biblioteca, al piso de la madre, para enseñarlas a cuidarse y a cuidar de sus hijos, darles las herramientas emocionales para reemprender estudios, buscar trabajo, lograr ayudas sociales. «Intentamos que se puedan reconstruir a ellas mismas», expone Castelló, que insiste en que gran parte del trabajo consiste en que ganen seguridad.

ABD se convierte entonces en el sostén de esas madres adolescentes.

Seguir adelante con un hijo tiene que ver **con el proyecto vital**, tanto afectivo como laboral o formativo, de las gestantes

Cuando la información para evitar un embarazo precoz ha sido insuficiente, han fallado los métodos anticonceptivos o la situación personal de la menor la ha condicionado de tal manera que ha decidido afrontar esa maternidad, entran en juego las asociaciones de apoyo o, en casos más extremos en los que no pueden seguir en sus casas, las residencias maternales como Antaviana.

RESIDENCIAS PARA CURAR HERIDAS // «Si ella está bien, su hijo lo estará, así que nuestra misión es impulsar una pedagogía del afecto. Depositar sobre ellas una mirada positiva que muchas veces nadie antes les había dado. Hay que reescribir su historia e ir curando heridas», expone su director, Lluís March. En el centro, concertado con la DGAIA y perteneciente a la cooperativa Eduvic, se atiende a entre 28 y 32 chicas cada año. Tienen entre 11 y 18 años y viven en la residencia el tiempo necesario, hasta que están preparadas.

«Hay familias desestructuradas, pero también familias colapsadas por lo que les ha tocado vivir. Esas adolescentes no lo tienen nada fácil y hay que reconstruir los vínculos con los suyos, para reforzarlas», concluye. Muchas lo logran. Otras deciden dar su hijo en adopción. ≡

algunas protagonistas cuentan su historia

C. B.
BARCELONA

Su madre la dejó en Ecuador con dos meses y se fue a vivir a Italia. Necesitaba trabajar para darle de comer a ella y a sus otros tres hijos, todos a cargo de unos tíos. El padre estaba en España, intentando ganarse la vida. Se separaron al poco de nacer ella, pero no tenían mala relación. «No conocí a mi madre hasta los 10 años, cuando fuimos a vivir con ella a Pavia, cerca de Milán. Podían pasar dos días sin verla porque se levantaba a las tres de la mañana y regresaba a las nueve de la noche», recapitula sin una chispa de acritud.

«Los dos hermanos con los que también convivía, varones, siempre se reprochan a sí mismos que no cuidaron de mí lo suficiente, pero el hecho es que me quedé embarazada con 14 años. Tenía tanto miedo de mi madre, que tiene un carácter tan difícil, que se lo oculté», confiesa Gabriela Game Uzho, ahora con 19.

Las precauciones, tema tabú

El padre de su hijo Oliver, que tiene 4 años, era un chico de otro colegio. Cuando supo que estaba embarazada, se desentendió. Gabriela admite que ella no sabía nada de precauciones. «Era muy niña, no me habían contado nada, en mi casa era un tema tabú», describe la adolescente, que vive en un piso de la Associació Benestar i Desenvolupament (ABD) de la Zona Franca tras un periplo inmobiliario considerable.

En su casa se produjo un terremoto. «Yo era un mar de lágrimas porque era demasiado tarde para abortar. Mi madre me dijo que era una bo-



FERRAN NADEU

GABRIELA GAME UZHO, 19 AÑOS

«Cuidé al bebé, pero no tenía instinto maternal»

ca más que alimentar, que no podía asumirlo y que lo diera en adopción», explica. Su padre la acogió en Barcelona, aunque los meses siguientes no fueron nada fáciles.

El parto se complicó y la salud del bebé era frágil. Tuvo que ser operado del corazón. Ingresos hospitalarios, UCI, angustias. Oliver era un niño que lloraba mucho, que pedía más comida, que no dormía bien. A las estrecheces económicas (el padre de Gabriela no encontraba trabajo y lo poco que tenían se lo gastaba en be-

bida) se sumaba tener que compartir una misma estancia tres adultos y el retoño, con una sola sábana colgada del techo que los separara.

El programa Preinfant de AMB, que atiende a madres y familias vulnerables, fue su salvación. «No sabía ser mamá, ni tan solo había asimilado mi embarazo. Cuidé del bebé porque era mi obligación, pero no tenía ningún instinto maternal», describe. Le propusieron ingresar en una residencia, pero su padre se opuso, así que la solución fue facilitarle un pi-

Con 17 años y madre ya de un niño, volvió a quedarse embarazada, pero esa segunda vez no lo dudó y abortó

so en Can Vidalet, en L'Hospitalet. Le brillan los ojos al referirse al cambio. Era la primera vez que tenía una habitación para ella sola. «Era un lujo, había secadora y robot de cocina, nos daban 100 euros por semana y teníamos la nevera llena de comida», sonríe. Asistía a una «escuela de mamás», donde le enseñaron, dice, a sentir a su hijo como propio, «a estimularlo, a jugar con él, a hacerle masajes y alimentarlo».

Gabriela volvió a cambiar de piso, donde se encuentra ahora. Lo compartió con su padre y hermano hasta hace poco. También apareció Steven, su actual pareja, con quien sufrieron un desliz y se quedó embarazada otra vez. Tenía 17 años. Pero esa vez no lo dudó y abortó. ≡

Embarazos adolescentes ▶ La red de apoyo



La mirada cómplice

Las oenegés, subvencionadas o no, son la tabla de salvación de muchas chicas perdidas

CRISTINA BUESA
BARCELONA

La asociación Salut i Família está repartida en dos pisos de la Via Laietana. Las madres adolescentes abandonan por un rato el ruido ensordecedor de la calle (y de su propia rutina diaria) para encontrar la calma en esta asociación. La entidad sin ánimo de lucro se encuentra con chicas desorientadas, sin información, perdidas no solo emocionalmente, sino también en la burocracia administrativa, y con necesidades de salud.

La mayoría de ellas acuden por el boca-oreja, al saber que es uno de los lugares donde se les dispensa contracepción de forma gratuita e inmediata, unos métodos que

en caso contrario no se podrían pagar. Ese fue el motivo que llevó hasta allí a Soraida Aranibar, una boliviana de 17 años que llega con su hija Scarlett de 10 meses en una mochila durmiendo plácidamente.

Sin regularizar

A pesar de llevar 11 años en Barcelona, carece de papeles. El padre de la criatura se inhibió de la responsabilidad del bebé. Ella quiere volver a estudiar y trabajar, pero la falta de una situación regularizada lastra su vida. Frente a ella, la mediadora cultural Griselda Paredes asiente.

El caso de Soraida no es raro, comenta cómplice. Las jóvenes que acuden a la asociación, muchas de



RICARD FADRIQUE

▶▶ Mediadora ▷ Griselda Paredes, en la asociación Salut i Família.

Los grupos de madres permiten crear vínculos, hacer actividades y socializarse

ellas inmigrantes, se reúnen una vez al mes en el centro. Allí crean vínculos afectivos, comparten actividades culturales y de ocio, y se socializan. El objetivo es que, a pesar de haber sido arrancadas de golpe de la adolescencia, la experiencia sea lo menos traumática posible.

La directora, Elvira Méndez, beligerante contra los cambios en la ley del aborto que impulsó el ministro Ruiz-Gallardón, prefiere que sean las propias madres las que decidan su ruta vital. «Considero que tutelar

en exceso sus decisiones es contraproducente. Preferimos darles todas las herramientas, ayudas, consultas, para que ellas se vayan fortaleciendo», resume.

Una de las claves para que estas chicas regresen periódicamente a esos grupos de apoyo maternal (en los que la aparición de chicos acompañándolas es una rareza) es que nadie les pide explicaciones. Anahí Castillo, que fue madre con 18 años después de haber tenido un aborto natural, es otra de las jóvenes habituales.

Complicaciones en casa

Ella vivió «golpes, gritos y amenazas» de su padre hacia su madre durante años. Con su progenitor chocaba mucho. Tanto, que la decisión consensuada con su novio de ser padres tan precoces no supuso un gran cambio en su vida. Se marchó de casa. La mediadora Paredes interpreta que la realidad de cada hogar condiciona enormemente. La procedencia, también, como no podría ser de otro modo.

«Pensé que la maternidad me arruinaría la vida y no ha sido así», confiesa la joven Soraida mientras su pequeña, como si intuyera su protagonismo, se despierta. ≡

C. B.
VILAFRANCA DEL PENEDÈS

El pasado martes le hicieron la fiesta de despedida en la residencia maternal Antaviana. Fue emocionante. Cortar el cordón umbilical que te ha mantenido viva durante un año lo es. Habla de las personas que la han ayudado como de su familia. Su tutora es como una madre, sin desmerecer a la biológica, puntualiza.

Jamila Bengharda Castellanos regresó a su casa de Vilafranca del Penedès (Alt Penedès) hace pocas semanas tras un año allí con Samira, que ahora tiene dos años y dos meses. Es fuerte, valiente, tiene las ideas claras. No obstante, para llegar hasta aquí ha tenido que luchar y reconstruir todo lo que su pareja, el padre de su hija, destrozó.

Esta chica de 18 años fue expulsada de su casa por su padre, que era alcohólico. Actualmente es una joven con ganas de superarse. No habla solo de formarse más y mejor en peluquería, que ya hizo un curso, sino de montar su propio negocio.

Padre alcohólico

De padre marroquí y madre catalana, nació en Vilafranca. Conoció en un concierto al chico que poco a poco le hizo la vida imposible y con quien por el camino concibió una hija. Maltratada, vejada, insultada, en su hogar las cosas tampoco iban bien, expone. Su padre tenía problemas con el alcohol, su hermana mayor (a la que ella describe como un modelo a seguir, independiente, autónoma profesionalmente, madre muy joven también) se fue de casa en cuanto pudo.



PAU MARTÍ

JAMILA BENGHARDA CASTELLANOS, 18 AÑOS

«A pesar de los malos tratos, no me arrepiento»

Llevaba más de dos años con su pareja. En ocasiones le había confesado que, si se quedaba embarazada, estaría encantado. «Era solo para pillarme y yo tomaba pastillas», cuenta. Pero se quedó. Su padre encolerizó. Cogió toda su ropa, la metió en bolsas de basura y la echó del piso. Se fue a vivir con los padres del chico durante los primeros meses del embarazo, y allí estuvo encerrada en una habitación sin salir de casa.

Relata episodios escalofriantes: la amenazó con un cuchillo, la tiró por

la escalera, la pellizcaba para que no durmiera, la chillaba constantemente, le prohibió volver al instituto... No sabe cómo lo soportó. «No podía pensar, me veía frágil e indefensa, él sabía que yo era menor y me manipulaba», reflexiona.

Pudo abortar desde el principio, encaja, pero como a su madre le hacía «ilusión» ser abuela, lo descartó. Fue ella la que intercedió con su padre para regresar con ellos. Pactó que, en cuanto pariera a la niña, dejaría a su pareja. Pero le hacía la vi-

Tiene las cosas muy claras: quiere seguir estudiando peluquería y montar su propio negocio

da imposible. Afortunadamente, los servicios sociales detectaron el caso. Un hematoma en la pierna, en el cuarto mes de embarazo, motivó que en el hospital la invitaran a denunciarlo, aunque no lo hizo.

Samira nació y el acoso no cesaba. El infierno con su padre alcohólico, tampoco. La Generalitat, prosigue, la instó a ingresar en Antaviana: «Me dijeron que no estaba preparada para ser madre y que si no lo hacía me quedaría sin la niña». «No era la edad ni el momento, pero salí adelante, nunca tiré la toalla. Samira es una niña muy espabilada y no me arrepiento de haberla tenido a pesar de lo que pasé», razona Jamila, que nunca más volvió a saber nada de él. ≡